

Al sur de la memoria

Con la luz de septiembre

*De aquellos interminables paseos de atardecida
me queda la enamorada tibieza de sus manos
y una dulce nostalgia de misterio y amor.*

He caminado hoy
hasta el viejo convento
con el sol de la tarde.
Con el sol de la tarde
que doraba los álamos
y el silencio de otoño
en los arcos del puente.
Sin quererlo siquiera
el recuerdo ha venido
del murmullo del agua
y la luz de septiembre
y me he visto a mí mismo
reflejado en tus ojos
en el filo del tiempo
otra tarde otoño.
Son testigos las piedras
del antiguo convento
y el cantar de las aguas
—como vieja dulzaina—
bajo el arco del puente.
He caminado hoy
con el sol de la tarde
y el recuerdo ha venido
con la luz de septiembre.

De tanto cotidiano

*Como aquel viejo grabado, otras muchas cosas
quedaron adormecidas en el hondón de la memoria
y hoy se revelan como la respuesta última
a un tiempo recobrado y que quisiéramos
salvado del olvido.*

De todas esas cosas
que a veces nos rodean
yo prefiero sin duda
las que menos importan,
aquellas que guardamos
en armarios perdidos,
antiguas alacenas,
aquellas que olvidadas
regresarán un día,
después de mucho tiempo
tanto dolor
cuánta ternura
pondrán en nuestras manos,
nos dirán que son ellas,
esas cosas humildes
que a veces nos rodean
las que hicieron posible
el recuerdo constante,
la mirada furtiva,
el paso de los días,
la voz de la existencia,
esas cosas sencillas
de tanto cotidiano
manejo en las palabras
después de este camino,
al fin sobre el ocaso,
serán la voz sincera
y el eco del pasado.

Inmóvil en el tiempo

*El reloj de pared, midiendo el tiempo
al compás de su latido en el oscilar
del péndulo, daba vida al sonoro silencio
de las atardecidas lentas, cuando
imaginábamos los años que habrían
de venir ilusionados.*

De aquellas horas amaneciendo vida,
de aquel instante en el fulgor del tiempo,
del canto triste de una tarde rota,
de todo el mar bajo tus ojos negros
sólo queda el reloj
que lento y cotidiano
sigue impasible y mudo,
inmóvil en el tiempo,
en su caja de boj,
parado.

Espirales de sueño

*También la vieja casa fue escenario de historias
mágicas, que poblaban nuestros sueños
de ansiedad y de miedo.*

Pájaros cenicientos
en revuelo de gritos
recorren los pasillos
con murmullos de acero.
Silencios.
Lejanos unicornios
protegiendo mil vírgenes
caminan por el agua
del estanque de limos.
Silencios.
Recubren las alcobas
espirales de sueño
y afiladas penetran
en la misma memoria.
Silencios.
Silencios como espejos
de metal doloridos
habitan para siempre
en el vientre del miedo.

La palabra encendida

*Ahora, desde la luz de la memoria, es
como si en el territorio de la infancia se hubiera
abolido el tiempo y todos los años hubieran sido el mismo:
un año prolongado y mágico.*

El pueblo de caminos
y cuestas empinadas
testigo fue en silencio,
en muda lejanía,
de risas y promesas,
de futuros abiertos
a un incierto mañana
con la aurora vencida.
Las paredes de piedra,
los pasillos oscuro,
las ventanas sin rejas
abiertas al paisaje
y nosotros hundidos
en la inmensa penumbra
vagando como sombras
por fin reconocidas.
Seguimos las estrellas
bajo el cielo en la noche,
cruzamos las distancias
de tiempos y de mares,
abrimos esperanzas
entre el alba y el día.
Después, tras tanto tiempo
tentando la memoria,
nos quedan los caminos,
las paredes de piedra,
la mudez de las cosas,
la palabra encendida.

Quede el mar como testigo

*Te estoy mirando ahora, madre, y en tu mirada de octubres
peregrinos está la historia entera de mi vida. En tus ojos
de aquellas primaveras habita la nostalgia de mis noches y
un leve rumor de aladas ilusiones revive con el verso que
mansamente brota, reviviendo paisajes, recobrando palabras.
La historia entera de mi vida.*

Yo nací y he vivido
camino de la tierra y de la nada,
lentamente sintiendo
el paso cotidiano de los días
que uno tras otro acaban.
Yo viví y si me muero
que lleven mi recuerdo tierra adentro
y alguien abra el balcón de par en par,
que quede el mar como testigo mudo
mientras un niño acaso
contempla enternecido
mi nombre en un cristal.

Al sur de la memoria

*Ahora, algunas veces, parece que todo aquello
no fue jamás vivencia cierta, que sólo es el
refugio irreal de todas las nostalgias.*

Las antiguas estancias
vivididas en penumbra
y el sol de media tarde en las ventanas
dibujan los caminos de regreso
al sur de la memoria.
El velo de un suspiro
enternece la espera
y, entonces, lentamente,
se puebla la mirada
de gestos y recuerdos,
de nieblas vespertinas
perdidas para siempre
en el triste destino
del retorno a la infancia.

En el filo del tiempo

*Aquella sería para siempre la casa del padre,
donde el tiempo no existió y los paisajes son
mágicos recuerdos. Allí transcurrieron los años
de la infancia —entre amor y despedidas—
con su presencia constante y protectora.*

He regresado hoy
recobrando paisajes
a la casa perdida
en el filo del tiempo.
Allí estaban los años
de tristeza y de juego,
las nostalgias heridas
de mi madre y su ausencia,
las tardes de verano
bajo el nogal antiguo
de canciones y cuentos.
Allí estaba el misterio
de las viejas alcobas,
el desván polvoriento
con el eco sonoro
de temores y risas,
la soledad atroz
de tanta despedida.
Y todo lo cubría
la presencia de ella,
amorosa y distante,
como diosa que sabe
acariciar la aurora
—constante su palabra
inventando mi mundo—
o amasar los silencios
en la casa perdida
en el filo del tiempo.

Ramón García Mateos